

ESPIRITUALIDAD APOSTOLICA



Introducción

La espiritualidad que nos dejó Marcelino además de mariana es **apostólica**. Es esta segunda característica de nuestro camino espiritual la que desarrollamos en esta guía formativa. Es solamente hasta el Capítulo General de 1993 cuando de forma estructurada el Instituto ofrece una reflexión orientativa de esta dimensión apostólica de nuestra espiritualidad. Aquí viene presentada tal reflexión que promovió un estudio serio y múltiples iniciativas en los siguientes años en todo el Instituto. Este camino espiritual que destaca la *dimensión apostólica como encuentro con Dios* ha sido de nuevo acentuado en el XX Capítulo General, donde sigue apareciendo como una de las prioridades en el caminar actual del Instituto.

Objetivos

Clarificar este camino espiritual de nuestro carisma marista

Promover un estilo de vida, formas de oración, dinámica de fe... acorde con la espiritualidad apostólica

ESPIRITUALIDAD APOSTÓLICA MARISTA

Documento del XIX Capítulo General

Roma, 1993

REALIDADES QUE NOS AFECTAN

Al contemplar la realidad del mundo y de la Iglesia, detectamos algunos fenómenos que creemos influyen en el modo de concebir la espiritualidad.

Del mundo

1. Nuestro mundo sigue dominado por el materialismo, las divisiones, las desigualdades y las injusticias. Reconocemos en él fuertes llamadas de Dios a colaborar en su plan de salvación, comprometiéndonos en la construcción de una sociedad más justa, fraterna y trascendente.
2. A pesar del impacto del materialismo, del secularismo y del ateísmo, existe, sobre todo en los jóvenes, una sed de lo trascendente y una búsqueda de lo espiritual.

De la Iglesia

3. La Iglesia se va renovando: se comprende mejor a sí misma desde la comunión, asume una postura de mayor encarnación en el mundo e intenta ser más servidora del hombre.
4. La vida religiosa apostólica se entiende a sí misma, en el espíritu de las bienaventuranzas, no desde la huida al desierto, sino desde el acercamiento al hombre y al mundo para anunciar y consolidar en ellos el Reino de Dios.
5. Se advierte un resurgir de la conciencia eclesial sobre los seculares y una mayor claridad sobre su identidad, vocación y misión.



De nuestro vivir

6. Al mirar la realidad espiritual de nuestras comunidades y provincias, seleccionamos los siguientes aspectos positivos:
 - los ejemplos de numerosos Hermanos que integran en sus vidas el amor a Dios y el servicio generoso a los niños y jóvenes;
 - la experiencia de Hermanos especialmente sensibles al mundo de los pobres en quienes reconocen y sirven al Dios vivo;
 - la reorientación evangelizadora y educativa de las instituciones escolares y la especial sensibilidad por los jóvenes en dificultad;
 - la fuerte llamada a compartir con los seculares nuestra espiritualidad y carisma, lo cual enriquece nuestra propia experiencia;
 - la preocupación por encontrar caminos que permitan a nuestros Hermanos mayores ejercitar su dimensión apostólica y compartir su espiritualidad;
 - una mayor valoración de Champagnat como modelo espiritual de nuestra vida de consagrados.

7. Encontramos también aspectos importantes que debemos mejorar:

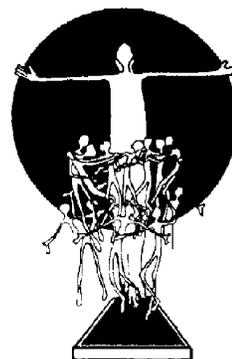
- alcanzar una mayor unificación de vida;
- desarrollar el ejercicio personal y comunitario del discernimiento;
- llevar a la práctica el acompañamiento espiritual;
- adquirir estilos de vida más sencillos, evangélicos y acogedores;
- abrir nuestras comunidades al entorno para sintonizar con sus necesidades y dejarnos interpelar;
- escuchar el clamor de los pobres y ser solidarios con ellos;
- ser hombres de oración más profunda y cristocéntrica: compartir la Palabra de Dios en comunidad y hacer que el contenido de las celebraciones y de la oración de nuestra comunidad esté más de acuerdo con la vida y misión de sus miembros;
- lograr que nuestro testimonio como comunidad orante y apostólica, sea más evidente y comprensible.
- hacer que María inspire más nuestra vida y acción y sea realmente modelo y compañera de camino.

NUESTRAS CONVICCIONES

Dios presente en el mundo

8. Descubrimos y experimentamos a Dios en las realidades temporales propias del ministerio que ejercemos, y percibimos el mundo como el lugar donde escuchamos, servimos y amamos a Dios.

9. El Padre amó al mundo de tal manera que le entregó su Hijo. En su infinito amor, continúa apasionado por el hombre y el mundo de hoy con sus dramas y esperanzas. Suscita en nosotros, como don, el que nos responsabilicemos de ellos, el que nos sensibilicemos ante sus problemas, el que acojamos sus desafíos, el que intentemos responder, en obediencia, desde nuestra misión, a las necesidades que en ellos encontramos.



10. Desde esta óptica, el mundo deja de ser considerado un obstáculo y se convierte en lugar de encuentro con Dios, de misión y de santificación. En él ejercitamos la presencia de Dios tan querida de nuestro Fundador y de tantos Hermanos.

Hermanos apasionados por el Evangelio

11. Nos apasiona Jesús y su Evangelio. Él es la razón de ser de cuanto hacemos. Mantenemos una relación vital y profunda con El en los sacramentos, en la oración personal y comunitaria y en la acción apostólica. Su Espíritu nos lanza al mundo como en Pentecostés, con entusiasmo y generosidad, para continuar desde nuestra misión su obra de salvación, evangelizando (cf C 79, 80).

12. En la oración y en el trabajo apostólico experimentamos lo que le ha costado a Cristo salvar al mundo y lo que le sigue costando, y esta experiencia nos aguijonea a desplazarnos, con audacia y sentido misionero, a misiones de frontera, a zonas marginales, a ambientes inexplorados, donde la implantación del Reino se ve más necesaria (cf C 83).

13. María, asociada a la misión de su Hijo, es nuestro modelo y compañera (cf C 4, 87).

La entrega a los demás desarrolla la espiritualidad

14. En nuestra inserción en el mundo, seguimos el ejemplo de Jesús que *se hizo semejante a nosotros* y que vivió en una unidad perfecta la fidelidad a la voluntad de su Padre y la entrega sin límites al hombre.

15. Vivimos y desarrollamos la espiritualidad en la entrega a los demás (cf C 7). El pobre, el niño, el joven y el Hermano de comunidad se convierten a diario, para nosotros, en sacramentos vivos de Dios e interpelaciones del Espíritu (cf C 83). En el servicio a estos prójimos integramos, como Jesús. el amor a Dios y al hermano, la contemplación y el apostolado.

16. Vivimos la presencia entre los jóvenes, tan recomendada por el Fundador, como lugar de encuentro con Dios (cf C 81). La acción apostólica, así entendida, lejos de entorpecer la unión con El, la favorece y la expresa (cf C 7).

17. María nos sirve de ejemplo. Atenta a las necesidades de su pariente y en actitud de servicio, vive una profunda experiencia espiritual y por su mediación el Espíritu es comunicado a Isabel. Su Magnificat es una expresión maravillosa de unificación interior: experimenta a Dios en lo íntimo de su corazón y en el compromiso con la liberación de su pueblo.

Vivir y compartir la espiritualidad de Champagnat

18. Champagnat con su vida nos anima a amar a Dios desde el mundo y amar a éste desde Dios.

19. En el encuentro con el joven **Montagne**, movido por el Espíritu, revive la experiencia del amor incondicional de Jesús y de María por la humanidad. Lleno de compasión, se lanza a la aventura de fundar una familia de Hermanos que entreguen sus vidas en servicio de los niños y de los jóvenes, especialmente de los más desatendidos (cf C 2,81).



20. Esta apertura al amor de Jesús y de María y a los acontecimientos y necesidades de su tiempo le permite unificar su vida y estar en comunión con Dios tanto en el Hermitage como en las calles de París (cf C 2). Su alma vibra apostólicamente de tal forma que no puede ver a un niño sin que le asalte el deseo de enseñarle el catecismo y decirle cuánto le ama Jesucristo (cf C 2).

21. Revivir esta experiencia espiritual y compartirla con los seculares, es una forma concreta de prolongar en nuestra historia el don que es Marcelino para la Iglesia.

LLAMADAS QUE SENTIMOS

22. **A una oración renovada.** Abierta a la realidad de la creación y de la historia, eco de una vida solidaria con los hermanos, sobre todo con los pobres y con los que sufren (3). Una oración apostólica que recoge las penas y alegrías, las angustias y esperanzas de quienes pone Dios en nuestro camino (cf C 66, 71).

23. **Al encuentro con Dios en lo cotidiano.** La búsqueda de su voluntad en el trato con las personas, en las ocupaciones diarias, en las actividades de la comunidad y en la fidelidad humilde de todos los días, nos unifica en el amor (cf C 44).

24. **A la escucha y la meditación de la Palabra de Dios**, personal y comunitariamente, que, acogida en la historia concreta que vivimos, nos dispone para interpretar los signos de los tiempos y para descubrir por doquier la intención divina .

25. **A desarrollar el ejercicio personal y comunitario del discernimiento evangélico** como entrenamiento ininterrumpido en la interpretación del sentido sacramental de la realidad (sucesos, personas, cosas) que se convierte en lugar de comunión con Dios.

26. **A ver en la comunidad, como familia unida en el nombre del Señor, una realidad teologal;** espacio en donde la experiencia de Dios puede alcanzarme su plenitud y comunicarse a los demás.

27. **A un proyecto personal y comunitario** que facilite el contacto con Dios: ritmos mantenidos de oración personal, práctica del acompañamiento espiritual, uso equilibrado de los medios de comunicación social, estructuras comunitarias que faciliten el trabajo pastoral, simplificación frente a un activismo exagerado, revisión de la jornada...

28. **A reconocer en las culturas de los pueblos que evangelizamos la presencia de Dios.** Desde el alma cultural de cada pueblo, descubierta y amada, lugar donde se hacen presentes las semillas del Verbo, crecemos en nuestra experiencia de Dios.

29. **A enriquecer la herencia espiritual legada por Marcelino**, compartiéndola con los seculares. Compartir con ellos las múltiples formas de presencia del Señor, la sobreabundancia de gracia en cada hombre y los infinitos caminos de crecimiento en la fe, nos enriquece.



ALGUNOS RASGOS QUE PUEDEN AYUDAR A UNIFICAR NUESTRA VIDA EN EL MARCO DE LA ESPIRITUALIDAD APOSTOLICA

- síntesis pedagógica -

- > Espiritualidad que nace de nuestra **consagración-misión**. Nos sentimos amados por el Señor y enviados por El (cfr C11).
- > Espiritualidad **centrada en Jesús**. El lo es todo para nosotros como lo fue para María (C7). Nos lleva a una comunión con el, que se hace más cercano cuando atendemos a los demás (C77).
- > Espiritualidad **desde el mundo**, lugar donde Dios quiere ser escuchado, servido y amado. Y que se convierte así en lugar de encuentro, de misión y de santificación.
- > Espiritualidad **de la misericordia** y compasión. Nace del amor de Dios al mundo, al cual entregó su Hijo. Participa de ese amor salvador de Dios y de Cristo. Brota del amor de Dios y de desarrolla por nuestra entrega a los demás (C7).
- > Espiritualidad del **discernimiento**, en cuanto atenta a los signos de Dios y a las presencias o ausencias de Dios en el mundo y en la vida.
- > Espiritualidad **al estilo de María**, que continua sus actitudes con Dios y con los hombre (C74), que sabe interpretar los acontecimientos a la luz de la Palabra (C67) y que como educadora de Jesús de Nazaret inspira nuestra actitud hacia los jóvenes (C84).
- > Espiritualidad **de la escucha de Dios en los jóvenes**. A través de sus vidas nos interpela el Espíritu y nos impulsa a acciones valientes (C83).
- > Espiritualidad **de nuestro carácter de Hermanos**, como llamada específica a vivir la fraternidad de Cristo con todos, en especial con los jóvenes, amándolos desinteresadamente (C3).
- > Espiritualidad **del encuentro con Dios en los menos favorecidos**, desde cuya pobreza el se manifiesta (C83) y desde donde somos evangelizados (C34).
- > Espiritualidad **comunitaria**. La comunidad como “*familia unida en el nombre del Señor*” se convierte en lugar donde la experiencia de Dios debe poder alcanzarse en plenitud.
- > Espiritualidad de la **oración apostólica**, que recoge las penas y alegrías, las angustias y esperanzas de quienes pone Dios en nuestro camino (C71, 66) y que nos ayuda a convertir toda nuestra vida en un culto de amor a Dios (C12).
- > Espiritualidad de la mirada sacramental de **la realidad cotidiana** (sucesos, personas, cosas), que nos lleva a descubrir en todo ello la intención divina y a contemplar con mirada de fe nuestra vida, las personas y los acontecimientos (C71).
- > Espiritualidad **encarnada e inculturada**. Atenta al mensaje de Dios en las diversas culturas y pueblos donde evangelizamos.
- Espiritualidad de la **unificación en el amor**, conseguida en la búsqueda constante de la voluntad de Dios a través de las ocupaciones diarias, las actividades de la comunidad, la fidelidad humilde de todos los días (C44).

Desarrollamos la espiritualidad en la entrega a los demás

Para la reflexión personal y con la Fraternidad

- ¿Qué significa para usted, en palabras sencillas, *Espiritualidad apostólica marista*?
- ¿Cuáles son las ideas nuevas que encuentra en el documento?
- ¿Cuál ha sido su reacción ante el modo como la espiritualidad apostólica marista viene aquí definida?
- ¿Qué llamadas al cambio implica este documento en cuanto a su vida de oración personal?
¿Y en cuanto a la vida de oración de la Fraternidad?
- Busquen entre todos una forma sintética de expresar este camino espiritual marista.

Invitación a la oración

- 1 Invocación al Espíritu Santo
- 2 Lectura de la sección: *Nuestras convicciones*. Intercambio de los sentimientos suscitados.
- 3 Preces espontáneas, pidiendo a María y a Champagnat que nos enseñen a ser apóstoles junto a Jesús.
- 4 Conclusión con algún cántico.



A los miembros de la Familia Marista Champagnat

Hno. Benito Arbués

Mayo 2000

Contemplativo en el corazón **Comprometido en la historia**

Me gusta releer el itinerario espiritual de San Marcelino, porque su santidad se fue fraguando desde la normalidad de su experiencia humana y de su fe. Es cierto que en la vida de las personas todo es don y todo es gracia de Dios, pero el Señor se sirve de mediaciones humanas, se nos manifiesta, ¡nos habla! por medio de la realidad de la vida. Hay acontecimientos que “marcan” nuestra sensibilidad, nuestros valores, y orientan el sentido de nuestra propia vida.

Todos buscamos a Dios, a veces nos confundimos de camino o le buscamos donde no está. Dios es el Dios de la vida y sólo podremos encontrarlo en los lugares privilegiados, los únicos en que El se nos manifiesta: las personas, las creación, los acontecimientos de la historia (¡la vida de cada día!), la Palabra de Dios y en el “partir el PAN de la Eucaristía”.

Marcelino vivió esa búsqueda experiencia de Dios, en la vida real. Se la recuerdo con estos dos breves textos:

“Movido por el espíritu, Marcelino Champagnat quedó cautivado por el amor de Jesús y María a él y a los demás. Esta experiencia, unida a su apertura a los acontecimientos y personas, se convierte en fuente de su espiritualidad y celo apostólico, y lo hace sensible a las necesidades de su tiempo”.

“En todo lo que emprende quiere, en primer lugar, hacer la voluntad de Dios. Y la busca en la oración, la consulta, la mediación de los Superiores y en los signos de los tiempos.”

Mirar el mundo como lo mira Dios

El contexto religioso y sociocultural en el que vivió Marcelino no fue fácil. Basta con recordar los cambios socioculturales, la confusión y ambigüedad de los mismos y las consecuencias que todo ello tenía sobre las sanas costumbres, para la vida cristiana, la juventud y la tarea evangelizadora de la Iglesia. Pero Marcelino se enraizó en su tiempo, en la historia y en los acontecimientos. Y amó aquella realidad, pero sin cruzarse de brazos ni resignarse pasivamente a sobrevivir en ella.



La Biblia hace frecuentes referencias a las miradas de Dios sobre el mundo, a las miradas de Jesús sobre las personas. Son miradas de amor, miradas que salvan. Concluido el comienzo de la creación Dios vio que “*todo era bueno*”. Ante la situación de Israel en Egipto le dice a Moisés: “*He visto el sufrimiento de mi pueblo*”.

Dios continúa contemplando, mirando la realidad, la vida, las personas, la historia, como la miró en los primeros momentos de la naciente creación cuando vio que “*todo era bueno*”. Esa misma ha de ser la mirada de quienes creen en Dios. Y así fue la de San Marcelino: contemplación amorosa

de las cosas de Dios. Y las cosas de Dios no son objetos, leyes, esquemas, papeles, edificios... sino el mundo, la vida toda, las gentes de La Valla y de los caseríos del Pilat, los niños, los ancianos necesitados, los huérfanos, los enfermos, los moribundos, las misiones de Oceanía... Y como amó la realidad histórica tal cual era, se puso manos a la obra para anunciar el evangelio de Jesús, rompiendo esquemas, formas de actuar y perfiles de un “modelo sacerdotal”, lo cual a unos les escandalizó, en otros suscitó recelos y en las gentes sencillas, amor y admiración: “nuestro vicario es un santo”, decían.

Los medios de comunicación nos ofrecen muchas miradas sobre la historia: entre otras están las que provienen de los economistas, los jueces, los antropólogos, los analistas... o de sentimientos religiosos terroríficos... Necesitamos hombres y mujeres santos que nos ayuden a mirar el mundo como historia de Dios y de salvación; con mirada de amor, de fe, de intercesión, con la sencillez de quienes quieren ser salvados e imploran y esperan un nuevo amanecer, unos cielos nuevos y una tierra nueva, porque por encima de todo está Dios que “está de corazón en cada cosa”. Lo inédito y bello de nuestra historia es que en ella se manifiesta el poder de Dios. Un Dios que no se paraliza o queda atrapado por la realidad, sino que hace camino con nosotros y nos hace cambiar. A veces nos parece que está ausente o silencioso, pero sigue siempre presente y, si no apartamos nuestros ojos, veremos que la historia es un icono del Dios eterno, creador, Padre de misericordia.

Les cuento el encuentro de un rabino con sus discípulos. Un día les preguntó: ¿cuándo podemos decir que la noche terminó y que el nuevo día comenzó? Las respuestas fueron variadas y cada uno esperaba recibir la alabanza del maestro por haber dado la mejor explicación.

El nuevo día comienza, dijo uno, cuando se pueden distinguir bien las casas del poblado lejano. Para otro, el día comenzaba cuando se veía bien definida la silueta de los árboles del cerro... Un tercero añadió: cuando en el rebaño que pasta en el valle se pueden reconocer las vacas, caballos...



El rabino, después de reflexionar, les dijo pausadamente: “Cuando miren a los ojos de una persona y descubran en ella un hijo o una hija de Dios, esa es la señal de que ha comenzado para ustedes el nuevo día y que ya terminó la noche”.

Ver a Dios en el mundo

Seguramente que en cada lengua hay algún poema, oración, parecido al que les transcribo del español y expresa muy bien la experiencia de ver a Dios en el mundo, de sentir vivamente que **“Dios está de corazón en cada cosa”**. Esta forma de comprender a Dios, de descubrirlo o de rezarle es el núcleo de la espiritualidad de Marcelino, y de la vivencia de la Espiritualidad Apostólica Marista. Entresaco algunos versos:

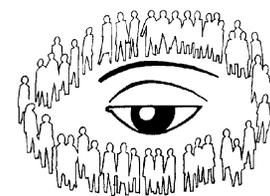
“Y estás de corazón en cada cosa”
De mañana te busco, hecho de luz concreta,
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, Vigor, Origen, Meta
de los sonoros ríos de la vida.
El árbol toma cuerpo, y el agua melodía,
tus manos son recientes en la rosa;
se espesa la abundancia del mundo a mediodía,

y estás de corazón en cada cosa.
No hay brisa si no alientas, monte, si no estás dentro,
ni soledad en que no te hagas fuerte.
Todo es presencia y gracia. Vivir es este encuentro:
Tú, por la luz, el hombre, por la muerte.

El Dios de Jesús no es el “tremendamente fascinante”, al menos no sólo eso, como nos presentan ciertas religiones orientales. Nuestro Dios es el Padre cercano, preocupado por sus hijos e hijas, y porque sean felices en sus vidas. Nuestro Dios es el Señor de la historia; se ha acercado tanto a la vida de las personas, que se ha identificado con ellas: “*lo que hicieron a unos de estos mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicieron*”. Sólo amando a las personas se ama a Dios, ya que El es inseparable de las personas.

Los acontecimientos cotidianos provocan que Jesús se admire, que se compadezca, que se detenga, que inicie una súplica a su Padre. Le impulsan a callar o a gritar, a actuar, a arriesgarse e incluso a dar la vida... Todo “es presencia y gracia”. Nada escapa a una mirada amorosa de Dios, que **“está de corazón en cada cosa”...**

¿Cómo rezar sin llevar a la oración lo que nos rodea? ¿Cómo hablar con Dios sin presentarle el mundo en el que nos ha puesto? ¿A “quién” o a “qué ídolo” estamos rezando cuando están ausentes de nuestra oración las alegrías y el sufrimiento, las esperanzas y los fracasos que vemos en nuestro entorno: en la familia, en nuestro medio, en nuestro país o en el mundo? ¿Es que el Dios en el que creemos no tiene nada que ver con nuestra vida? Los cristianos hemos de contemplar la realidad y orar con el periódico en una mano y la Biblia en la otra.



Un Hermano me contaba algo de la experiencia de Dios que vivía su mamá. Entre otras cosas, al salir de casa hacia una oración por la primera persona que encontraba en la calle. El papá de otro Hermano acude cada semana a una capilla de la Virgen y, a medida que coloca flores, va nombrando una persona o un acontecimiento que le preocupa explicándole a la Virgen la necesidad, la alegría o la preocupación que siente por aquella persona o por un determinado problema.

Marcelino invitaba a los Hermanos a “*vivir en la presencia de Dios*”. Nos dice que percibía la presencia de Dios que le acompañaba en cualquier situación: caminando por los montes que rodean La Valla, entre sus hermanos de comunidad, enfrentándose a las diabluras de los niños que recogía en el Hermitage, concentrado en los momentos de oración en la capilla, buscando por el París bullicioso la aprobación de los hermanos por parte del Ministerio... Dios no estaba ausente de nada. ¿Qué temores podía tener? Se ponía en sus manos, y continuaba.

Marcelino, con su vida, nos anima a amar a Dios desde el mundo y amar a éste desde Dios. Esta era su forma de mirar la realidad. Las situaciones de pobreza, de ignorancia cultural y religiosa, y de marginación con que se encuentra, le llevan a dirigirse a Dios pidiéndole hermanos que aporten lo mejor de sí mismos para aliviar la situación. El mundo, su mundo concreto, le lleva a Dios que **“está de corazón en cada cosa”**. Y el amor a Dios, que crece en él día a día, no le hace encerrarse en sí mismo gozando de un “*pietismo*” dulzón pero desencarnado, antes bien le impulsa a actuar con celo ardiente para darlo a conocer y hacerlo amar por aquellos que ignoran su existencia. La vida cotidiana y la oración de Marcelino se entrecruzan como los hilos de un tejido. Con hilos de colores diversos qué hermoso tapiz puede confeccionarse.

Después de muchos años recuerdo la oración de un hermano al final del día: “Hoy, en una sala de clase ha desaparecido un objeto y un grupo ha sospechado de Bety. Se ha quedado muy dolida y se ha marchado llorando y sola... Te pido por ella. Quién sabe qué culpa puede tener, pero seguramente lo está pasando mal en este momento y mañana se sentirá humillada al volver al Colegio. Señor dale consuelo y ánimos”.

Los ojos penetrantes de Marcelino nos enseñan a mirar en profundidad la realidad y las personas. Cuántas veces escribió en sus cartas “lo que vi con mis propios ojos...”, para decir de dónde nació el proyecto en el que embarcó y gastó su vida. Miró a los ojos al Dios que le amaba infinitamente, y con mirada transformada descubrió las llamadas de los niños y jóvenes que cerca o lejos pedían una mano amiga que les ayudase a ser personas según el querer de Dios.

Y, con el realismo de fe y la simplicidad de un niño, Marcelino, acudía a la Virgen con expresiones como éstas: “Tú ya sabes lo que nos está ocurriendo”. “Madre mía: quiero que vengas a ocupar mi puesto para guiar mis manos, mis pies, mis labios, toda mi persona, de tal suerte que no sea sino el instrumento que tú haces actuar”.



Sugerencias para un encuentro de Fraternidad

1. *Se puede empezar el encuentro* con un canto que haga referencia a Marcelino o a la presencia de Dios en el mundo, en las personas. O con un salmo.
2. *Tiempo de compartir siguiendo el esquema:*
 - a) Cada uno puede comunicar algo de lo que siente sobre una de estas dos preguntas:
 - ¿Qué aspectos de la carta te llaman más la atención?
 - ¿Hay alguna frase o experiencia de San Marcelino que le ayuda a comprender el significado y alcance de estas frases: “*Mirar el mundo como lo mira Dios*”, “*Ver a Dios en el mundo, en lo cotidiano?*”
 - b) Normalmente, ¿dónde suele sentir o encontrar más fácilmente a Dios?, ¿por qué cree que sucede así?
 - c) En estas últimas semanas, ¿ha vivido algún acontecimiento en el que hayas sentido más fuerte la presencia de Dios en su vida?
 - d) ¿Cómo podríamos ayudarnos, en la Fraternidad, a profundizar la integración entre la realidad de la vida cotidiana y la oración? (es decir, cómo la vida está presente y alimenta la oración, y cómo ha de ser mi oración para que se prolongue en lo cotidiano de la vida).
3. *Intenciones y deseos:*

Quien lo desee puede expresar una intención, una oración de petición o de acción de gracias... Se puede concluir con un canto a la Virgen u otra oración indicada por la persona que ha orientado el encuentro.

